

museos interactivos

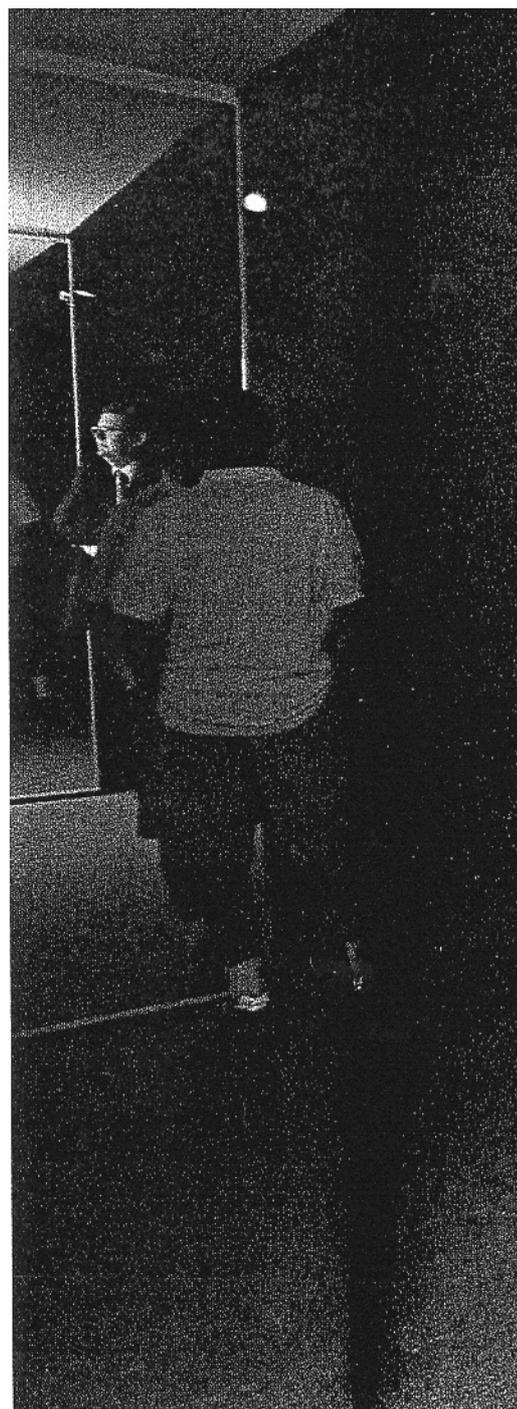
Por ANGELES COSANO. Fotos: MASSIMILIANO POLLES

Con bastantes años de retraso, frente a Europa o Estados Unidos, los museos españoles de arte contemporáneo han comenzado a dejar de ser meros contenedores de un fondo de obras de arte para llegar a establecer un continuo diálogo entre la oferta y la cada vez más intensa demanda de cultura

Para el actual responsable del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, en nuestro país es necesario que el sector privado contemple con mayor interés los museos

EN PLENA ERA de globalización, los museos no podían quedar al margen de un movimiento que, al mismo tiempo que integra, también desmenuza científicamente los mensajes en un intento de personalizar los contenidos. Desde la década de los Ochenta, poco a poco, los museos comenzaron a dejar de ser meros contenedores de un fondo de obras de arte más o menos rico que los aficionados visitaban con expectación reverencial. El Louvre, el Prado, L'Hermitage o el MOMA venían a ser el "totem" patrimonial de cada tribu, pero también eran el "tabú" cultural para una inmensa mayoría de gente. Se agotaban en sí mismos. A estas alturas, no es que la museística haya desaparecido como materia específica, sino que hoy es interdisciplinar y necesita de gestores que muevan los fondos, agilicen la producción de exposiciones y establezcan un *feed-back* entre la oferta y la cada vez más intensa demanda de cultura. El

cine, la fotografía, la arquitectura, el diseño gráfico o industrial, distintas aplicaciones de las nuevas tecnologías, han adquirido categoría de arte y los museos han de gestionar todas estas manifestaciones con inmediatez y creatividad. Juan Manuel Bonet, responsable del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía—«museo de cabecera de este país en materia de arte moderno y contemporáneo», según sus propias palabras— es uno de los firmes partidarios de abrir el museo a otras artes, algo en lo que ya insistió en su etapa del IVAM. «Es decir, que quede patente que las artes plásticas están imbricadas en muchas otras facetas de la actividad cultural, que no están separadas de otras artes. En definitiva, que el museo no sea un simple depositario de una herencia, sino que haya capacidad suficiente para reflejar la complejidad de la cultura, las asociaciones existentes entre creadores en distintos campos. En los años Treinta, un referente para todos nosotros como el MOMA, creó un departamento de fotografía, junto a otro de arquitectura y de cine, dirigido nada menos que por Luis Buñuel. De hecho, cuando reinstalemos la colección permanente del Reina Sofía una vez concluyan las obras de ampliación, pretendo que en la medida de lo posible la



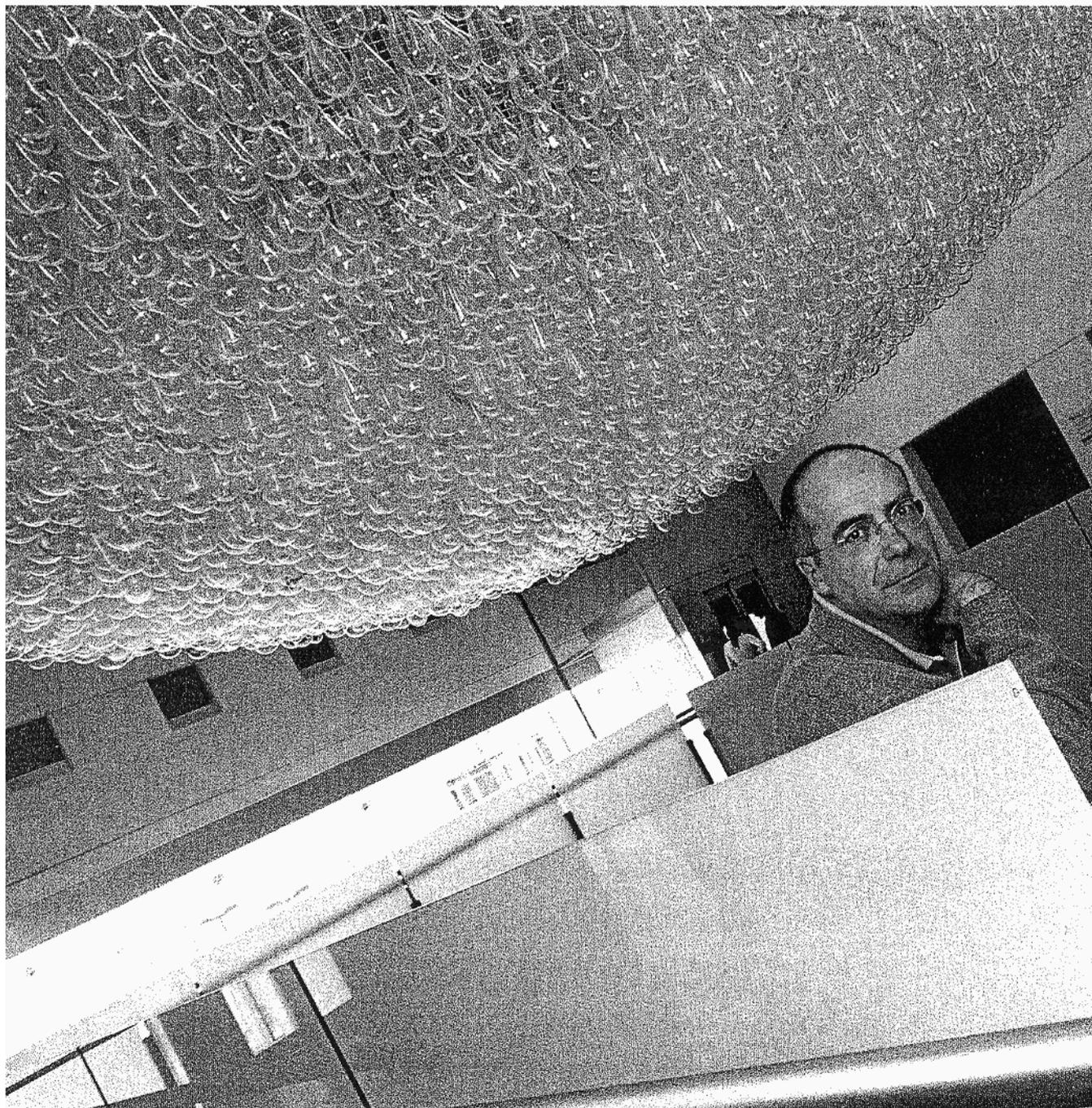


«LOS museos

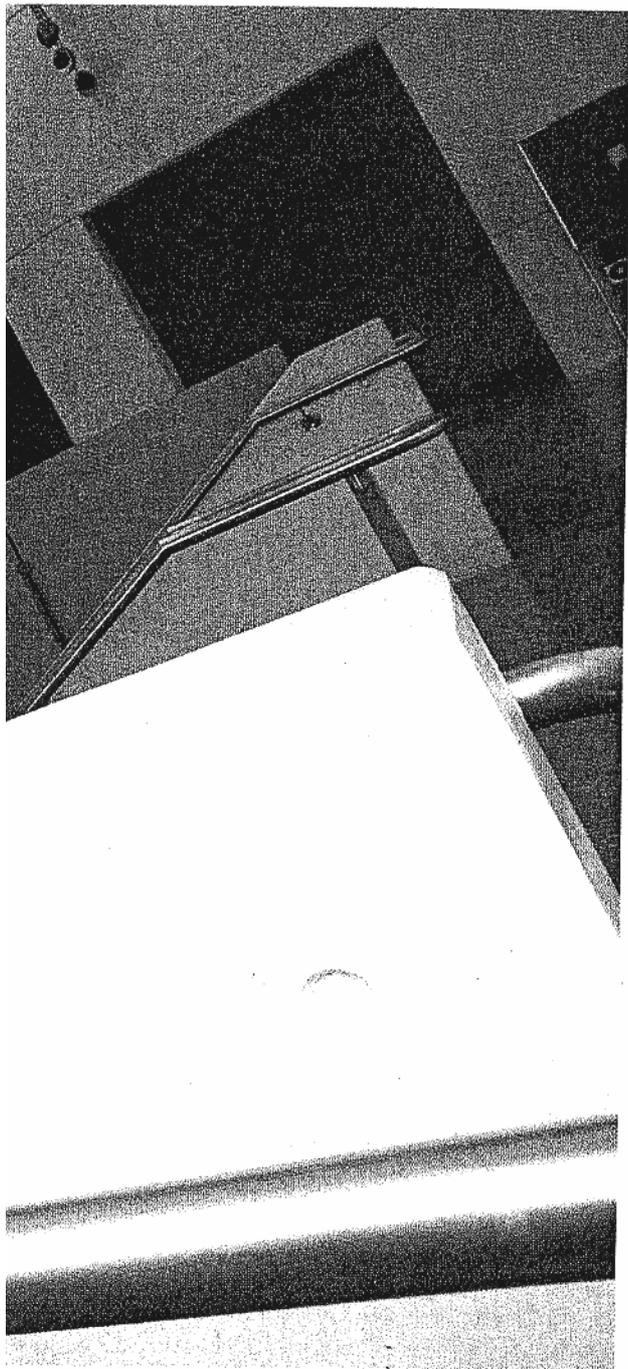
no deben ser simples depositarios de una herencia,
sino que deben de tener capacidad suficiente para
reflejar la complejidad de la cultura»

«Las obras

de ARTIUM no son islas en una especie de archipiélago, sino que se interrelacionan para permitir la lectura de un discurso continuo»



Javier González de Durana, director de ARTIUM, en el vestíbulo de este nuevo museo dominado por la luz y la espectacular obra de Javier Pérez "Un pedazo de cielo cristalizado"



arquitectura y el diseño tengan un mayor protagonismo».

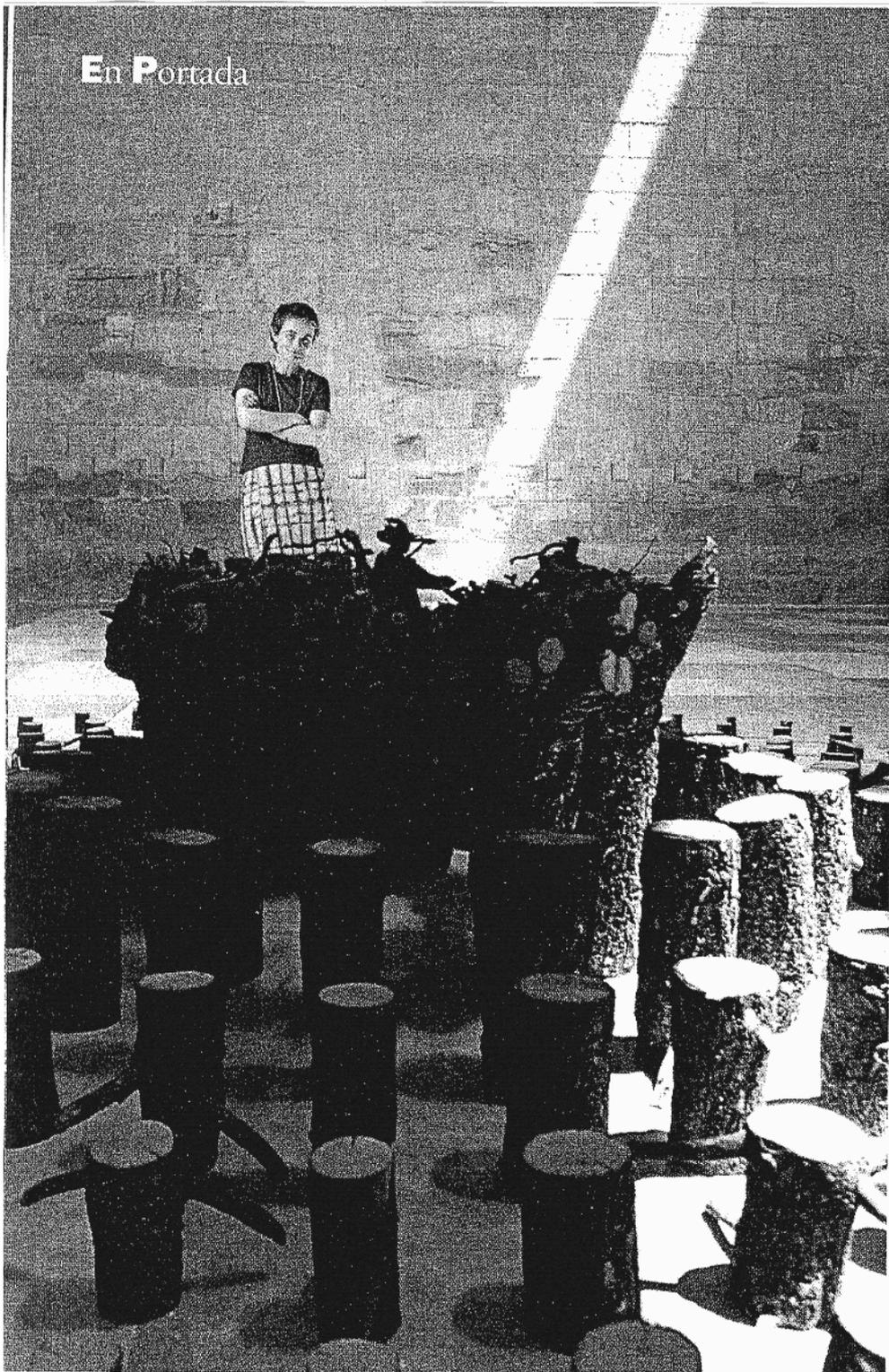
Para Juan Ignacio Vidarte, director general del Museo Guggenheim Bilbao—en su opinión, «modelo de referencia respecto a la misión y visión estratégica con que en el siglo XXI las instituciones culturales, y en concreto los museos, deben afrontar su función»—aunque resulta una obviedad situar el quehacer de los museos en el ámbito de la cultura, no resulta tan obvio determinar cuál es el papel activo que deben jugar en la sociedad actual. «Históricamente, los museos se han centrado en la función de preservar, investigar y documentar el patrimonio artístico. Sin abandonar en absoluto esta labor esencial, hoy deben integrar entre sus objetivos, igualmente primordiales, mantener vivo el interés del público, de la sociedad a la que sirven, dedicando para ello el esfuerzo y los recursos activos que permitan su plena consecución». Desde su punto de vista, no basta con que los museos atesoren el patrimonio artístico y cultural con rigor científico y académico. Esa labor debe tener un impacto enriquecedor en la sociedad, y para ello «los museos han de propiciar y favorecer el acceso del público a ese acervo cultural. Esta concepción, que sorprendentemente aún se percibe como innovadora, orienta sin duda nuestra gestión y va siendo paulatinamente más asumida, aunque todavía hay quienes, sacralizando una visión endogámica, contraponen ambos objetivos como incompatibles».

A tenor de los expertos consultados, ya se puede decir que en nuestro país el público ya no es tan sólo un espectador estático y silente, sino que ha mejorado su formación y gusta de participar activamente en aquello que demanda como un bien cultural y social de primer orden, puesto que es parte básica para cubrir y satisfacer su tiempo de ocio. En España fue significativo el impacto que supuso la inauguración del IVAM—a pesar del gran paso atrás que puede significar en su trayectoria en pro del arte

contemporáneo convertir el Convento del Carme en museo del siglo XIX—, la apertura y actual ampliación del Thyssen-Bornemisza o el auténtico fenómeno de masas que supuso la inauguración del Guggenheim de Bilbao. Todo esto demuestra que existe un interés que rebasa con creces los límites del museo que, más allá de su espacio físico, la gente demanda que se imbrique en su entorno y que le permita tanto ser espectador como estar en un ámbito artístico flexible, multidisciplinar, reconocible como propio y, por eso precisamente, amable. Como muy bien aclara Vidarte, «el Guggenheim Bilbao tuvo desde sus orígenes, además de convertirse en una institución cultural de primer orden internacional, otros objetivos que lo han convertido en paradigma de un modelo de desarrollo basado en la cultura, que ha servido como elemento dinamizador de un proceso de reestructuración urbana y de regeneración económica, ampliando sustancialmente el horizonte y la misión que los museos deben prestar a la sociedad».

En esta misma línea se muestra la opinión de Javier González de Durana, director del casi recién nacido ARTIUM de Vitoria-Gasteiz, inaugurado en abril de este año, cuyo fondo propio tiene su origen en la colección de arte contemporáneo vasco y español iniciada por la Diputación Foral de Álava a mediados de los años Setenta del siglo pasado. A partir de esas fechas, la institución foral creó, mediante un estable y acertado programa de adquisiciones, «una colección, constituida por más de 1.600 piezas de pintura, escultura, grabado, dibujos, fotografías e instalaciones, muy bien trabada, estructurada, sin lagunas significativas, desde las vanguardias históricas de los años Veinte y Treinta hasta la actualidad, con especial hincapié en la segunda mitad del siglo XX, lo que permite una lectura clara y sólida sobre cómo ha sido la evolución del arte español durante todo este periodo. Siguiendo este criterio, desde un principio han apostado porque una de sus señas

En Portada



María Jesús Abad, directora del Patio Herreriano, en la Capilla de los Condes de Fuensaldaña, una sala sobrecogedora configurada en torno a la luz con un único protagonista: la escultura "El cielo sobre la tierra" de Adolfo Schlosser

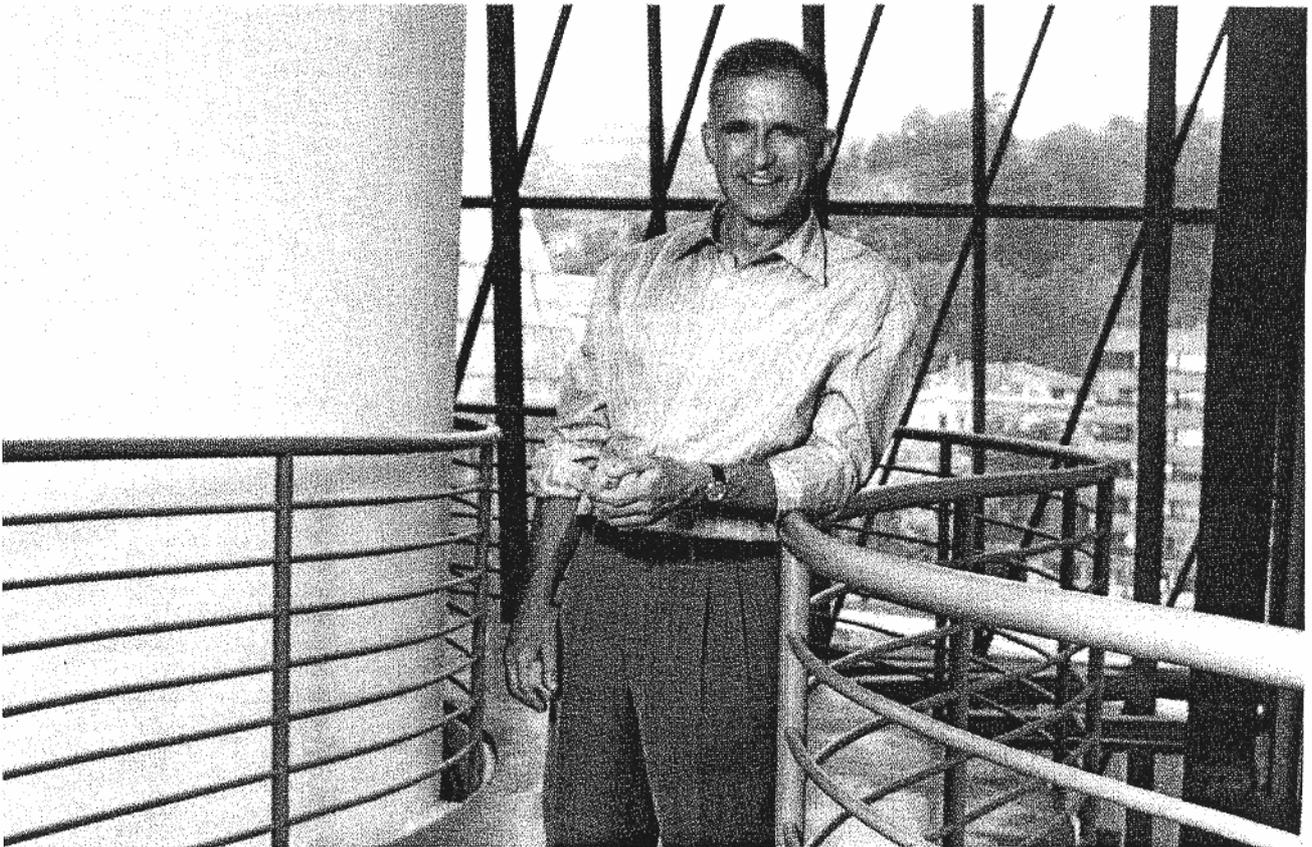
identificativas sea el dinamismo de sus actividades alrededor de la colección. «Pretendemos ser un centro productor y dinamizador de actividades que permitan la puesta en contexto de nuestra colección, con el fin de que este bien colectivo que crea conciencia cívica pueda ser más conocido gracias a una serie de herramientas, como las exposiciones temporales, y un cúmulo de actividades, desde ciclos cinematográficos y danza hasta música, mesas redondas... En suma, se entremezclan y se relacionan las distintas artes entre sí para favorecer lo que es nuestra materia prima fundamental». Consciente de que en lo esencial un museo debe ser una institución docente y creadora de conciencia ciudadana que colecciona, investiga y difunde, González de Durana piensa que en los últimos años quizá haya cambiado la eficacia a la hora de conseguir que la comunicación entre la sociedad y el museo sea lo más intensa posible, «para que ese mito de la creación de la conciencia cívica no sea algo en el aire. En ese sentido, estamos siendo más eficaces con los departamentos pedagógicos, llevando a cabo programas atractivos para distintos públicos, a través de la utilización de un lenguaje adecuado a los diferentes niveles de conocimiento».

Aún así, todos son partidarios de que el sector privado, salvo honrosas excepciones, mire con mayor interés a los museos, de la mano del patrocinio y mecenazgo. Y dentro de esas excepciones habría que escribir con letras mayúsculas el nombre de Julián Trincado quien, con una clarísima decisión de mecenazgo, convenció a un grupo de empresarios para fundar la Asociación Colección Arte Contemporáneo hace casi quince años, embrión del recientemente inaugurado Patio

«La escultura, aunque haya sido penalizada en las colecciones de los museos por su complejidad a la hora de almacenar y mostrar, no deja de ser la creación más potente del siglo XX y del XXI»

«Es difícil que

la cuenta de resultados arroje beneficios, pero la actividad sostenida exige un equilibrio responsable entre objetivos y recursos disponibles»



Herreriano Museo de Arte Contemporáneo Español, con sede en uno de los claustros del antiguo Monasterio de San Benito de Valladolid. «Tiñendo ha sido una figura crucial a la hora de convencer a una serie de empresarios de que en nuestro país se había hecho poco en materia de coleccionismo, sobre todo en arte contemporáneo, y con la idea de que con poco dinero de muchos se podía hacer una gran colección», señala María Jesús Abad, directora de la entidad y conocedora como nadie de las 850 obras que componen actualmente la colección, al haber estado vinculada a la misma como coordinadora ar-

tística y conservadora desde sus inicios en 1988. «La colección posee una personalidad propia al proponer una lectura diferente sobre el arte español desde 1918 hasta la actualidad y siendo conscientes de que, por cuestión de presupuesto, se nos escapaban artistas españoles de la talla de Picasso, Miró o Dalí. De la mano de un comité asesor, compuesto por Bonet Correa, Simón Marchán, Valeriano Bozal y Julián Gallego, en una primera fase, y responsable de aportar la primera gran definición de la misma, hemos conseguido dar luz a unos periodos de las vanguardias que estaban en el olvido, re-

cuperando muchas de estas obras». Con una joya más que excepcional: el Fondo de Ángel Ferrant, compuesto por 34 esculturas, 406 obras sobre papel y un legado documental de más de 3.500 documentos, en gran parte inéditos. Para regir el museo se ha puesto en pie una fundación en la que están presentes el ayuntamiento vallisoletano, la Junta de Castilla y León, la Diputación Provincial, la Universidad de Valladolid y el propio Ministerio de Educación y Cultura, lo que es un precedente de las posibilidades que puede plantear una actuación público-privada en el ámbito cultural. ■

Para Juan Ignacio Vidarte, el Guggenheim Bilbao se ha convertido en un modelo de referencia respecto a la misión y visión estratégica con que deben afrontar los museos su función en el siglo XXI